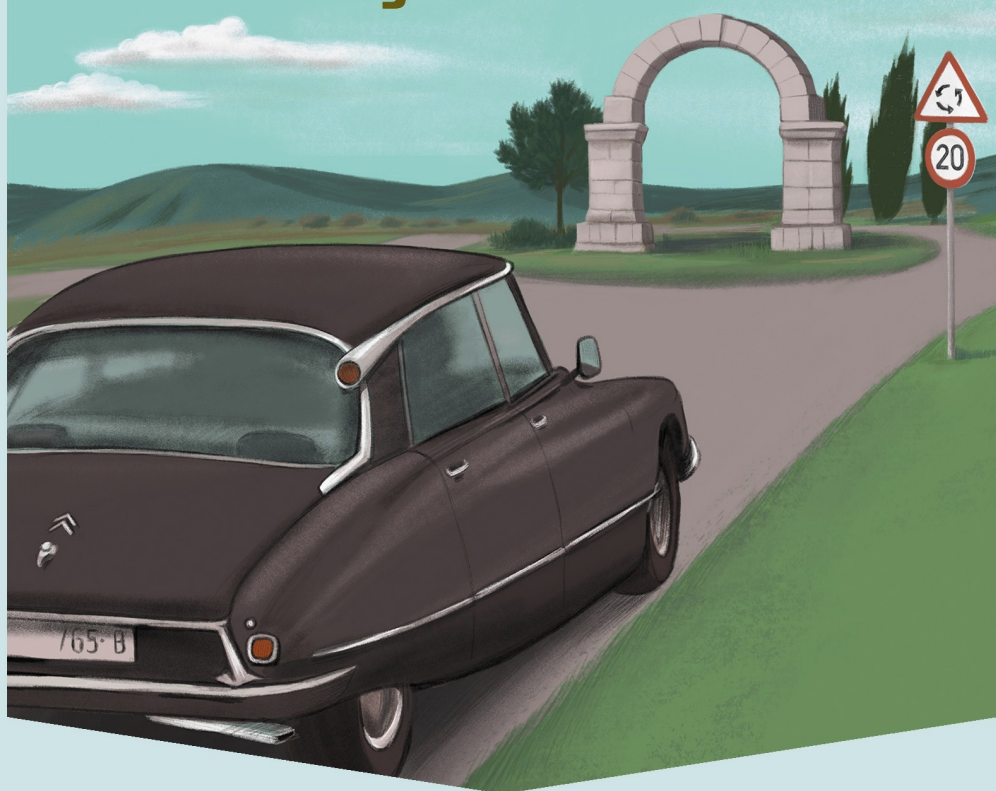


Joan Montañés Xipell

El viaje circular



AdN

Mon ami François:

Escribo esta carta con el propósito de comunicarle que al fin he culminado el encargo que me encomendó hace algo más de tres años. No obstante, y antes de revelar las coordenadas precisas del lugar donde me encuentro, tendrá que permitir que justifique la demora. Así pues, le enumeraré la infinidad de dificultades que atravesó la expedición; la principal —qué duda cabe—, desconocer el punto exacto hacia el que había de dirigir mis pasos. Esta contrariedad obligó a desplazarme sin un rumbo marcado y, en consecuencia, la mayor parte del tiempo anduve perdido.

A continuación, le daré buena cuenta de las vicisitudes más reseñables de este viaje circular no ya por los cinco continentes —algo que detallé en las cartas anteriores—, sino por el laberíntico *petit pays* de los *petits châteaux*, que es como he venido a llamar a este enclave único.

Finalmente, le expondré las circunstancias un tanto azarosas que me condujeron hasta la meta definitiva. Ignoro si será de su agrado que me muestre esquivo, incluso enigmático, pero tengo que recordarle que fue usted, *mon ami*, quien me desafió mediante acertijos, un método nada ortodoxo pero sí muy eficaz a la hora de provocar a los hombres de ciencia. Sin embargo, una vez resuelta la cuestión, considero de justi-

cia pagar con la misma moneda a quien en los mentideros de París y en media Francia apodan Sphinx —¿será usted en verdad la última esfinge?—.

Junto a estas líneas, le adjunto mi trigésimo cuarto cuaderno de bitácora. He de admitir que lo inicié vencido, sin albergar ninguna esperanza de éxito para nuestra empresa común y con la decisión tomada de emprender el regreso al hogar, aunque esto supusiera reconocer de antemano el fracaso. El memorándum, como podrá comprobar con su lectura, es un compendio de ensayos y errores que, a pesar de mi escepticismo natural, acabaron por persuadirme —como ahora espero que lo convenzan a vos— de que había dado con la respuesta positiva.

Quizá el paso de los años que han transcurrido desde el día de mi partida, casi la mitad de un septenato, haya aminorado el interés que le movió a lanzarme la porfía. Empero mi esfuerzo y su espera, ya le anticipo que han obtenido la recompensa, pues el enigma que me planteó ha quedado resuelto y finalmente sabrá dónde se halla el centro del mundo.

Très affectueusement,

DR. JEAN-CLAUDE CHIGOT

Nota del traductor: la carta y el cuaderno que se adjunta a continuación han sido traducidos de la lengua francesa. Como el lector podrá comprobar, algunas locuciones se han mantenido del original literalmente con el propósito de mantener la máxima fidelidad al espíritu y la letra de su autor.

Tras recorrer en balde millares de kilómetros que me alejaron de la dirección correcta y justo cuando se cumplía un trienio desde el inicio del periplo, los pies se tornaron más pesados y torpes y el desfallecimiento comenzó a hacer mella en mi persona. Las fuerzas me flaqueaban desde hacía tiempo, pero el raciocinio y la determinación se mantenían al margen de los contratiempos corporales que me torturaban. Como sabe, soy enclenque, pero esta condición, lejos de representar un inconveniente, resultó ser muy ventajosa en los dos primeros años del *tour*, pues mi esqueleto solo debía transportar una insignificante masa muscular y el macuto con los enseres indispensables. Aun así, con el transcurso de las etapas más morrocotudas, comprobé que el talón de Aquiles lo tenía situado justo en los juanetes, abultados como un sexto dedo que me hubiera nacido en cada pie. Estos huéspedes de carne y hueso buscaron su acomodo imposible dentro del calzado hasta que, debidamente alojados, lograron mermar mis facultades en la medida que se acrecentaba el suplicio en las sendas fábricas de roquefort. Luego, cuando me procuraba un techo donde pernoctar, lo primero que trataba de conseguir era una jofaina de agua ardiente. Entonces, sin ser un experto en botánica, arrojaba las hierbas que había encontrado junto al camino. Estas me aliviaron los dolores, punzantes

como la picadura de escorpión, a la vez que me producían ampollas y pústulas igualmente insufribles.

El gran deterioro de mi esmirriada fisionomía no se manifestó de forma exclusiva en las extremidades inferiores. El intestino delgado era el otro punto vulnerable. Los pucheros estrafalarios que probé en las distintas naciones no contribuyeron a vigorizarme; antes me complicaron la existencia. Las escudillas, propias de cocinas condimentadas en exceso y untosas por de más, me provocaron unas digestiones lentas que mermaban poco a poco mi movilidad. Y eso que engullía cada plato sin pararme a pensar qué especie animal me podían haber servido escondida debajo de los abundantes aliños y aderezos explosivos, pues las papilas gustativas hacía tiempo que las sentía anuladas por culpa del picante.

Tanto daba cuál fuera mi destino: Cochinchina, Arequipa, Calcuta, Pernambuco, Tombuctú o Sebastopol, a la hora de echarme un bocado al buche, todas las viandas se me antojaban un catálogo de especias abrasivas de las que pronto sabría reconocer cada uno de los tufos penetrantes que desprendían. Todo lo contrario me ocurría con las carnes amalgamadas bajo aquellas aromatizaciones. Sus sabores quedaban disimulados en el sinfín de cocinas que fui probando. De ellas desconocía el verdadero gusto, color, fragancia y naturaleza. Bien podían ser de antílope, chucho, minino, rata de agua, lagarto, orangután o, inclusive, de semejantes nuestros. Sí, *ami François*, le refiero esto porque la ingesta caníbal, si se compara con los bichos que se guisan por esos mundos, es la que menos aprensión me podía llegar a producir. También le confieso que todavía ignoro si me han dado gato por liebre y en algún rincón del orbe probé el *filet mignon* de persona humana; de ahí que únicamente me declare antropófago en potencia.

La gastronomía de subsistencia se asocia a los frutos que regala la madre naturaleza en cada andurrial, algo carente de

la sofisticación de las elaboraciones de Le Cordon Bleu. Las cocinas vernáculas, como es lógico, están ligadas a unas impredecibles condiciones climáticas que, por lo general, resultan adversas para la población local. Tampoco en esta cuestión los constantes desplazamientos me reconfortaban el cuerpo y, mucho menos, el ánimo. De hecho, fui incapaz de advertir que estaba precipitándome hacia el abatimiento. Las temperaturas alcanzadas en la plétora de latitudes que crucé rozaron máximas que rebasaban los cincuenta grados a la sombra en la región central de la península arábiga y unas mínimas inferiores al menos treinta en las cotas más elevadas de la meseta de Groenlandia. Extremos que, unidos a inclemencias como los aguaceros torrenciales, los monzones de temporada, los traicioneros tifones o los belicosos huracanes, por no hablar de las sequías pertinaces y de los engorrosos seísmos, endurecen la vida de los habitantes y convierten el devenir cotidiano en algo farragoso y precario. Si alguien todavía desconoce a qué se dedica la Geografía Humana, la especialidad académica a la que he consagrado más de media vida, a buen seguro es porque reside en nuestro predecible y viejo continente o en zonas muy localizadas de los otros cuatro, convenientemente «domesticadas».

Las geografías de riesgo a las que está sometida la población nativa de más de tres cuartas partes del globo aumentan la sensación de provisionalidad en sus urbes, así como la fragilidad de las casas particulares, los templos religiosos y los mercados comunales. Lo mismo ocurre en el ámbito de las rutinas cotidianas, pues la levedad del ser afecta a la productividad de la agricultura y la ganadería, de los talleres de artesanía y de los obradores de las diversas manufacturas. Y es que, cuando los individuos creen disponer de algunos bienes materiales con los que cubrir las más elementales necesidades, les alcanza una fatalidad atmosférica o sísmica y se los arrebatata.

Capítulo aparte merecen las regiones donde la mayor parte del día es de noche o las veinticuatro horas es de día. Allí uno pierde por completo la noción cabal del tiempo; se despierta cuando está oscuro o se va a dormir con el sol en la cara. Estas contingencias, junto a las que alteran la presión atmosférica y a la repetitiva sucesión de las estaciones del año, me permiten afirmar que el humano de estos lugares aguanta lo indecible, como si las razas hubieran sido moldeadas por las borrascas en su permanente combate contra los anticiclones. Y viceversa. O como si los vientos, las mareas, las corrientes subterráneas y la posición respecto del astro rey hubiese conformado la idiosincrasia de esos pueblos y, en consecuencia, el carácter estuviera ligado más a la meteorología que a la metafísica.

Claro está, *ami François*, que cada una de estas circunstancias hostiles me llevó a descartar cualquier sitio que las padeciera en exceso. Un método, expeditivo sin duda, que me facilitó el trabajo a la hora de rechazar centenares de candidaturas en las que ubicar el centro medio terráqueo, el objeto de mi investigación. ¿A santo de qué un *pays* iba a considerarse justo la mitad de todo si ninguno de sus habitantes vivía complacido con su patria ni con el clima de mil demonios que había de soportar semana tras semana? Es obvio que los naturales no profieren estos reniegos ante los forasteros. A nadie le gusta que le mienten a la madre, y menos a la madre patria; sin embargo, resultaba evidente que no se enorgullecían de la vida que les tocaba sobrellevar con resignación. Y por mucho que se especule con la inminencia de ciertas variaciones climáticas, los nativos también recelan de que las nuevas condiciones atmosféricas vayan a reportarles un estar más apacible.

Le avanzo estas apostillas para que se haga una idea de la infinidad de contrastes a los que sometí mi débil constitución

antes de hallar un solar digno, siquiera, de ser tomado como cercano al círculo central. No obstante, a pesar de los fastidios físicos incesantes y de la desmoralización galopante, hubo un momento en que, llegado a un lugar indeterminado, *Terra Ignota*, comencé a pisar un tramo del camino en que creí notar cómo la ley de la gravedad ejercía allí una fuerza superior que en el resto de las naciones que había recorrido. Le juro que esta sensación de pesadez no era fruto de la fatiga y el menoscabo ocasionado por los impertinentes juanetes; el prodigio afectaba también a los autóctonos. En esa región, comprobé cómo todos sin distinción experimentaban una especie de adhesión superior a la corteza terrestre. *Mon ami*, esto sucedió a las pocas horas de haber cerrado el trigésimo tercer cuaderno de viaje y una jornada después de remitírselo desde la estafeta de Correos de la estación de trenes de Sevilla, la *gare* Santa Justa.

La vieja idea de que una región esté radicada sobre el *juste milieu* nunca antes ha podido ser demostrada científicamente. Sin embargo, yo, Jean-Claude Chigot, doctor de la Sorbonne, me dispuse a hacerlo de manera luminosa, meridiana e irrefutable. Por lo que ya sabía y he podido comprobar en el transcurso de mi viaje circular, son legión las plazas que no han dudado atribuirse el título de ser el centro del mundo. Tal como he confirmado, aun en la actualidad presumen de esta supuesta equidistancia global respecto de cualquier extremo y la proclaman a los cuatro vientos sitios tan dispares como Tenochtitlan, Cuzco, Quito, Jerusalén, Delfos, Roma, la Meca, Estocolmo, París, Washington... Y, junto a ellos, dos o tres docenas de rango inferior. También tienen a gala exhibirse con el citado prurito hitos como el grado cero del polo

norte, el reino de Bután, las islas de Pascua y Santorini o el cruce del arco ecuador con el meridiano de Londres en el golfo de la Guinea, además de centenares de accidentes geográficos sin interés.

Es cierto que cada uno de estos lugares actúa como el punto axial de sus respectivos ámbitos de influencia, pero, a su vez, resultan ser centros excluyentes para el resto. Por este motivo, he podido verificar que ninguno de cuantos fui visitando operaba como el fidedigno medio y mitad, el centro de todos los centros, el solar que debíamos reconocer entre tantos. Para más inri, los oriundos de los puntos mencionados sostenían su centralismo cada vez que se referían a su terruño y lo negaban con contumacia en los casos ajenos. Esta eventualidad, lejos de complicarme el trabajo de campo, me lo facilitó. La vehemente afirmación de cada parte entrañaba la anulación de la misma tesis en cuanto salía de la boca de un contrario, y al revés. Así, escuchar este tipo de argumentos simplificó mi tarea, pues es de sobra conocido que los nacidos en el verdadero *pays* central ignoran absolutamente que están residiendo en él. De modo que, ya fuera por la fanfarronería de unos o por el desconocimiento de otros, yo seguía igual de perdido que el día que salí de París.

Esta constatación me hizo cavilar sobre la posibilidad de hallarme ante la existencia de más de un centro. Quizá de media docena, de diez, a lo sumo. Es la idea que manejan los teóricos de un mundo multipolar con varios emplazamientos perfectamente localizados. Estos actuarían de una forma similar a la de los campos electromagnéticos respecto a los metales pesados. La analogía de los imanes viene al caso porque distintos focos del planeta captan las voluntades de los humanos en sus respectivas áreas de influencia, de forma parecida a como trabajan el polo positivo y el negativo atrayendo el hierro.

Una mente como la mía, instruida en la tradición jacobina, no podía transigir con estas paparruchas. Admitirlas hubiera significado aceptar el relativismo y, en consecuencia, dar por bueno que no existe entre ellos ningún tipo de rango, ni superior ni inferior, ni elevado ni rastrero. Y ni hablar del «primer mundo» ni del «tercero». Para los apóstoles de esta escuela de antropólogos, la Victoria de Samotracia tendría el mismo valor que un tótem sioux, la cúpula de Brunelleschi de Florencia, que un iglú esquimal y una sinfonía de Mozart, que el tam-tam africano. Por esa regla de tres, los intelectuales que propugnan esta idea equiparan la poligamia de los árabes y los mormones con el matrimonio burgués compuesto de dos cónyuges más una amiga o amigo *d'amour*; y la ablación del clítoris con una simple operación de apendicitis. Del mismo modo, nuestra *Déclaration universelle des droits de l'homme* se vería reducida a un bienintencionado código de buenos modales, impracticable en la mayoría de latitudes del orbe. Un delirio.

Por fortuna, estoy persuadido de que este *totum revolutum* no conduce a ninguna parte y menos todavía al centro del mundo. Y como ese no era el cometido que debía resolver, obvié la demasía de polos tramposos y parciales para centrarme —nunca mejor dicho— en la búsqueda del verdadero círculo medio, el núcleo universal, el punto desde el que se trazan el resto de los anillos que conforman la esfera terráquea. El único foco que, una vez identificado, no quedará anulado por la presencia de otros de categoría inferior. Igual que sucede cuando lanzamos una piedra en una charca estanca.

Ami François, de este modo fue como creí comprender que el encargo que me hizo a través del Bureau des Grands Travaux amagaba un intríngulis inconfesado: certificar si nuestra *civilisation* continuaba siendo el faro de la humanidad. Y, si esto ya no sucedía, el propósito de la encomienda

podía resultar más valioso si cabe, pues serviría para conocer cuál era su emplazamiento actual y qué tipo de metas alientan sus moradores. Esta segunda posibilidad debería permitirnos estudiar, antes que cualquier otra potencia, la complejidad del grado medio gracias a las enseñanzas que extrajéramos del hombre céntrico. Como resultado de ello, y una vez seguidos sus consejos, la République volvería a descollar en el concierto de las naciones. Así, en cuanto usted examine los dictámenes de este trigésimo cuarto y definitivo cuaderno, actuará en consecuencia, como siempre ha hecho cuando el reloj de la historia ha marcado la hora de Francia.

Reconozco que, en primera instancia, la segunda de las hipótesis ni la contemplé. No es que me tenga por un discípulo aventajado de la escuela de Chauvin: todo lo contrario. Como he confesado, mantengo mi compromiso exclusivo con la diosa Raison y es a esta a quien me he entregado en cuerpo y alma. Para un servidor, los chauvinistas —entre los que incluyo a no pocos miembros del Bureau— son tipos acomplejados que exhiben una superioridad patriótica risible. De este modo, cualquier juicio que formulen estará cortado por el patrón del localismo más elemental y primario. Esta categoría de palurdos ya se detectó en tiempos de la antigua Grecia, cuando entre los atenienses vivió un ciudadano que sostenía con vehemencia que la luna de Atenas era más hermosa y oronda que la luna de Éfeso.

¿Qué crédito concederíamos a un cretino de esta calaña si un buen día acude ante nosotros afirmando que el centro de todos los centros se halla situado en la plaza de la Concorde, donde Louis-Philippe colocó el obelisco? Ninguno. Sin duda, este imbécil hipotético se habría dejado llevar por un apasionamiento febril, un orgullo natural bastante generalizado entre nuestros compatriotas. En cambio, un hombre de ciencia, íntegro y cabal como me reconozco, debe esforzarse en de-

mostrar, con objetividad contrastable, que aquello que pregonaba ha superado la prueba del nueve, sea o no del agrado del mecenas que lo patrocina y sin importarle lo más mínimo qué opinará el populacho sobre sus deducciones.

Atendiendo a estos y otros considerandos, tuve que acometer la materia con la lucidez de un loco de atar. Eso sí, con la clarividencia de un ciego que se sirve de su bastón para guiarse en la oscuridad a base de dar tientos contra cualquier objeto. Por consiguiente, sé que no resultará sencillo imponer mi teoría del centro único y fidedigno en un mundo donde proliferan los falsos como *Boletus edulis*. Paradójicamente, esta eventualidad puede hacerme pasar por un *excentrique*, un individuo sin norte, semejante a esos que se pasan la vida deambulando en busca de El Dorado, la piedra filosofal, el arca perdida, el santo grial o la fuente de la eterna juventud. Quimeras que la humanidad ha anhelado conquistar durante milenios sin obtener un resultado positivo. Cierto es que estas metas pertenecen al exclusivo territorio de la entelequia, la utopía o la ensoñación. Nada que ver con mis pesquisas, que jamás se han encaminado por esos territorios nebulosos y confusos del cerebro o la vanidad, sino justamente en la dirección opuesta, allí donde resplandece la verdad prístina.

No obstante, fue el *excentrique* Salvador Dalí quien, aplicando el método paranoico-crítico, determinó que el centro mundial no se ubicaba en París. Lo radicó en la estación de ferrocarriles de Perpiñán, pues por aquellos raíles había accedido hasta él su musa, Gala. De resultas de esta experiencia mitad matemática, mitad mística, el artista catalán pintó el lienzo que tituló *Gala contemplando a Dalí en estado de ingravidez sobre su obra de arte «Pop, Op, Yes, Yes, Pompiér»*, algo que me permite concluir que para él la conjetura sobre el eje universal no se hallaba en aquella estación de trenes,

sino en su propia persona. Y que su método fue más paranoico que crítico.

La teoría daliniana me confirmó la hipótesis con la que marché de París. Nada ni nadie lograría que desistiera de la búsqueda de un centro común, incluso cuando me sintiese más incapacitado para localizarlo. De este modo, los episodios de frustración fueron llegando cada vez con mayor frecuencia durante los tres años que precedieron a la redacción de este último cuaderno.

La ruta de la seda, el camino de Compostela, la senda de los incas, el periplo transiberiano, la vuelta panamericana, el ascenso al Himalaya, el retiro en el desierto de Gobi, la expedición al Polo Norte o el viaje a las antípodas se saldaron siempre con sonoros fracasos. Ay, iluso de mí, en cada una de esas metas, aun sin pretenderlo, deposité las expectativas más elevadas. Yo sabía que el centro estaba aquí, allí, allá o acullá: en algún sitio remoto o próximo que todavía no lograba identificar. En todo momento apliqué para el hallazgo los criterios de la lógica propios de las disciplinas escolásticas en las que me había instruido. Por ese motivo deduje que el descubrimiento me alcanzaría a mí y no al revés; sería a través de una sensación palpable, casi táctil, que me obligaría a detener mis pasos en un territorio concreto. En cambio, esta misma circunstancia me invitaría a pasar de largo por una plétora de regiones de la geografía. Deduje que tenía que tratarse de algo semejante a la fuerza que atrajo al suelo la manzana de Newton. Así que me mantenía atento. A buen seguro que, si no desfallecía, iba a darme de bruces ante una de esas verdades reveladas que solo se manifiestan mediante la experiencia empírica.

El acontecimiento se hizo esperar, pero tuvo lugar al sobrepasar un punto del orbe llamado Pascual Hermanos, S. A., cuando el convoy que me transportaba se detuvo de repente en el extremo de una vía muerta cubierta por un magnífico tinglado. El día anterior me había subido en el tren, llamado Malagueño, creyendo que se trataba de un borreguero de esos que atraviesan la península ibérica transportando a las cuadrillas de los vendimiadores que se desplazan al Midi para hacer la campaña de la uva. Reconozco que a aquella hora había arrojado la toalla. Deseaba con ansiedad regresar a casa aunque no hubiera dado con la respuesta al encargo. Pero, tras un transbordo imprevisto y justo cuando clareaba, un mozo de carga abrió el portón del compartimento en el que aún dormía y me confundió con un vulgar polizón. El equívoco provocó que el muchacho me conminara a descender de inmediato o, de lo contrario, avisaría a la Guardia Civil, la gendarmería española de rudos modales, de modo que acepté la invitación de salir por piernas de aquella playa de hierros.

Me puse a caminar con apremio sin saber a ciencia cierta qué lugar había profanado. Más tarde supe que el hangar pertenecía a una empresa exportadora de cítricos el nombre de la cual lucía en el letrero que me despedía. Por desgracia, o mejor debería decir por fortuna, el mercancías que finalmente me transportó desde el sur de España hasta aquel almacén naranjero todavía había de completar su flete. De no haber sido así, mi tren habría pasado de largo y yo habría atravesado el paso de Le Perthus de la misma manera que el día que partí: *ignorant*.

Tras sortear la poza de un torrente donde crecían a su libre albedrío cañaverales, zarcillos y adelfas, a escasos metros del apeadero de Pascual Hermanos, S. A., apareció ante mí la figura del legendario cuerno de la abundancia del que mana-

ba un generoso chorro de fruta. Cualquier idiota hubiera supuesto que estaba ante la cornucopia que los griegos asociaban al asta de la cabra que, al amamantar a Zeus, este rompió sin malicia. Según esta superchería, con el propósito de enmendar la amputación del animal y nodriza, el todopoderoso dios, para obsequiar a quien lo encontrase, quiso dotar al cuerno roto de un surtidor de ambrosías que brotarían sin tasa de su interior.

También pudiera ser que el incauto en cuestión atribuyera la presencia de este pitón retorcido y de las piezas de fruta al símbolo que preside el escudo de armas de un sinfín de repúblicas. Por lo general, son naciones menesterosas que, cuanto mayor es el cuerno, menor es su renta per cápita. ¿Estaría pues, en presencia de este monumento a la prosperidad del que tan a menudo alardean los gobernantes de los países en vías de desarrollo? ¿Sería aquella una región retrasada, una más entre cientos, que justo alardeaba de lo que más carecía?

De eso nada. Ni mitología ni heráldica. El método especulativo me permitió dar con una explicación satisfactoria para este prodigio de la naturaleza. Si uno desarrolla el método experimental de Francis Bacon, o el principio de parsimonia, ¿para qué ha de realizar suposiciones fantásticas cuando puede disfrutar de una sencilla explicación objetiva? Así, gracias a esta manera de proceder, lo que a simple vista se me presentaba como el cuerno de la abundancia de los clásicos en realidad no era más que el fósil de una caracola y un par de docenas de piezas caídas de aquellos árboles enanos que poblaban los alrededores del tinglado ferroviario de Pascual Hermanos, S. A.

El fósil se correspondía al molde inverso de un caracol de tamaño descomunal, con un calibre de medio metro de diámetro; de ahí que, a pesar de parecerse por su aspecto de cucurucho a una cornucopia de cabra, por sus dimensiones des-

proporcionadas no podía corresponder al cuerno de una montesa. La antigüedad del hallazgo debía de remontarse varios millones de años, justo a la era en que se separaron las placas continentales y África colisionó con Eurasia. De aquel choque fenomenal se formaron cordilleras, islas, penínsulas y mares en los que muy bien pudo vivir el formidable molusco que, más tarde, originaría la piedra con la que por azar me había tropezado. Deduje que era la mano del hombre, que se empeña en remover su pasado, cercano o distante, la que había devuelto a la superficie la imponente caracola convertida en un pedrusco espiral, quizá con la intención de obtener algún dinero con su venta fraudulenta.

Respecto a las frutas, eran cítricos. Concluí que debían de ser unas decenas de piezas maduras de las que desechan los recolectores por los ribazos cuando han llenado hasta los topes los capachos. Tomé nueve, temeroso de que el dueño de la finca, el mismo que quizá traficaba con los restos antediluvianos, me sorprendiera como a un simple ladronzuelo. En plena acción de rapiña, quien me descubrió fue un ciclista que, dado lo delicado del trance, comprendí que me hablaba en clave. «Tranquilo, no hay moros en la costa», me soltó. Luego añadió que aquel era «el huerto de Cull y Fuig», al parecer dos terratenientes permisivos con los caminantes que sustraían sus naranjas, siempre y cuando lo hicieran para consumo propio y se esfumaran del lugar con premura.

Así lo hice, avancé por un camino de herradura hasta que, a doscientos metros del sitio donde había descubierto el presunto símbolo de la fortuna, me senté en un margen sombreado por una higuera para mondarme aquellas *delicatesen*. Extraje del macuto una al azar y me puse a examinarla con la curiosidad de un botánico. La superficie esférica era de color azafranado, voluminosa, quizá hinchada por el riego abundante, y exhibía un nudo abultado en el extremo contra-

rio al pezón. Sin ninguna duda, el ejemplar pertenecía a la variedad denominada nável. Y caí en la cuenta de que *navel*, en la lengua inglesa, significaba ‘ombligo’; una casualidad que me recordó el encargo que había guiado mis pasos hasta aquel punto imprecisamente preciso. También volvió a mi mente la manzana de Newton, pues, al fin y a la postre, aquella naranja también había caído al suelo por la presión que ejercía sobre ella la fuerza de la gravedad y el notable calibre que no la hacía apta para la venta. *La plus grande orange*, a pesar de su desproporcionada tara, se me presentaba igualmente apetitosa, e intuí que su néctar de dioses haría estallar pronto mis reseca papilas gustativas. Desplegué la hoja de mi navaja suiza con el propósito de extraer la monda aplicando una única incisión. Comencé por el círculo que enmarcaba el pecíolo y proseguí sin parar. Extraje la espiral de la peladura hasta concluir en el extremo opuesto, allí donde sobresalía la protuberancia. La piel quedó suspendida sobre el filo de la Victorinox como si se tratara de un cordón umbilical o la serpiente del paraíso en el instante mismo de tentar a Eva. También a mí me tentó. La carne frutal ya segregaba el penetrante aroma del azahar y, al punto, mordí el primer gajo. *Oh là là !* Su jugo azucarado y acre resultó un tónico vivificante que me restituyó el alma con un escalofrío que me atravesó el espinazo de arriba abajo, como si se tratara de un rayo o de un *electroshock*.

Demasiadas casualidades para que de ellas no concluyera alguna explicación científica, de manera que cogí otra pieza para efectuar una observación más minuciosa. Con la naranja en la mano, tracé a mi alrededor una trayectoria elíptica, similar al itinerario de la Tierra en su vuelta anual alrededor del sol. Me sentí como un nuevo Roi Soleil, no de una sola nación, sino de toda la Vía Láctea. Así fue como yo, el ciudadano Jean-Claude Chigot, me vi convertido en dueño y señor

de las estrellas, de los satélites, de las constelaciones y, por supuesto, del globo terráqueo del que en breve desentrañaría su misterio mejor escondido. De este modo, se reveló ante mis ojos, majestuoso y radiante, el ombligo-navel, el epicentro de aquel pequeño mundo agridulce que estaba a punto de zamparme a gajos, exprimiendo entre los dientes la esencia de su ambrosía amarga y feliz al mismo tiempo. A la sazón comprendí lo que me estaba sucediendo: había atravesado, sin ser consciente, la puerta de entrada que había de conducirme al ombligo de todos los ombligos, *le nombril du monde*.

* * *

La carretera sorteaba dos montículos con forma de senos nutricios y turgentes que, desde la primera curva de nivel, permitía entrever una antigua defensa hoy desmochada e inofensiva. Mi firme determinación aventurera hizo que, a pesar de las flaquezas en cuerpo y espíritu, coronara el recinto amurallado que bordeaba ese par de collados. Los escalé con el propósito de hacerme una idea más precisa de la extensión de la vieja construcción militar, un dique de contención que debía asaltar. Para mi sorpresa, observé, en cuanto alcancé la primera cima, que la defensa, amenazante para los que la admiran desde la falda, no era más alta que una tapia de corral.

En el otro lado de la ruina, el que se abría a mi vista después del chasco inicial, quedaba resguardado el municipio de Almenara, una insignificante villa de frontera. Desde allí, dispuse de una excelente panorámica del mar Mediterráneo hacia el este y al norte de todo el sector litoral que los ojos alcanzaban a dominar. Descendí con rapidez del promontorio para adentrarme en la población, por lo que adiviné que era su *main street*, que es como denominan los anglosajones a la

rue principale. A escasa distancia, divisé la fachada del bar España, una casa de comidas que lucía un ajado toldo verde con una leyenda que decía: «*On parle français*», y hacia allí que marché. Las amplias cristaleras del local exhibían dibujos aproximados de crustáceos y cefalópodos que daban cuenta de las especialidades de la casa: gambas al ajillo, mejillones al vapor, calamares a la romana y sepia entera. Junto a los frutos de mar, la vidriera mostraba una ilustración de estilo impresionista que representaba algo parecido a una paella y una jarra de morapio adornada con una rodaja de limón y un cucharón de madera. No obstante, admito que no fue la visión de este pantagruélico bodegón lo que motivó mi entrada acelerada en la taberna, sino más bien el apretón de estómago que me habían producido las naranjas del falso cuerno de la abundancia consumidas en ayunas.

Una vez aliviado, quise comprobar si el lema del exterior en lo referente a la lengua de Molière era cierto o un simple reclamo para turistas incautos. En efecto, el hombre del mandil apostado tras la barra dominaba el idioma. No en un grado sofisticado y académico, sino en el registro elemental de los peones de la construcción, las empleadas del hogar o los vendimiadores de temporada. Para un políglota, esta circunstancia no representaba ninguna ventaja, pues cuando uno tiene que hacerse entender por el mundo la conversación fluye de cualquier modo. Pero, en este caso, la alternativa que manejaba el propietario del establecimiento era un *patois* vernáculo incomprensible para el oído más afinado. El tipo, Virginio Bonet —así se presentó— se expresaba con fluidez y charlatanería y afirmó dominar, además del lemosín, propio de la región, y del mal francés con el que me hablaba, aprendido en la prefectura de Limoges, «el cristiano» (sic), un dialecto que no supe identificar entre el vasto catálogo filológico que yo manejaba. Como usted sabe bien, *ami François*, mi

señor padre ejerció su larga carrera profesional en el cuerpo diplomático consular, de manera que me crie en las cancillerías de dentro y fuera de la *francophonie*.

Si no hubiera mediado el mozo del apeadero y su mención al benemérito cuerpo de gendarmería española, habría jurado que me encontraba ya en algún punto indeterminado del Midi, como recién despertado de un sueño. En verdad contemplaba un paisaje muy similar al que inspiró a los fauvistas, gozaba de un clima igualmente benigno al de la Côte d'Azur y sus gentes me mostraban una afabilidad tosca, sin afectación, parecida a la de nuestros sureños. No obstante, aunque deseaba que aquel sitio se hallara en Francia, algo me decía que no era así. ¿Qué *bistrot* del *pays d'oc* rotularía el entoldado del cenador con aquel «*On parle français*»? Ninguno. Por consiguiente, supuse que, a pesar del fluido bilingüismo del señor Bonet, me hallaba en alguna otra provincia del mediodía europeo. Y puestos a suponer, si en esta ocasión mi pesquis acertaba, deduje que aquel podía ser el solar que andaba buscando. *Qui le sait*.

Con la intención de proseguir las averiguaciones, me aposté junto a la barra para sonsacar alguna información al respecto. El tal Bonet había comprendido que mi visita al bar España la había forzado la incontinencia, pues lo primero que hice al entrar fue preguntar por *la toilette*. Debió ser la evocación que produjo esta palabra, unida a mi pronunciación, la que le dio pie a comunicarse conmigo con camaradería e intimidad, como si nos conociéramos de toda la vida. Después, en tanto que la indisposición estomacal limitaba mi libertad de movimientos, opté por sentarme en un taburete, pedir una infusión e interrogar a aquel espécimen como si fuera un objeto más de las pesquisas rutinarias que venía realizando. Su locuacidad y el dominio de la mundología, la ciencia en la que se sabía un maestro doctorado, hicieron el

resto. El susodicho Bonet, sin que le pidiera nada, calentó agua en un cacillo, le añadió plantas de monte, las coló con un calcetín y, en un periquete, tuvo lista una tisana; sin duda, un sucedáneo de *herbes de Provence*, pero de aquella provincia. Luego, sin perder más tiempo, se propuso contarme su vida.

Primero me habló del éxodo, de cómo él y una infinitud de compatriotas cruzaron el paso aduanero de Le Perthus. No se trataba de los bohemios de antaño, que se instalaron en Montmartre buscando las nueve musas de las artes y el elixir del hada verde. Tampoco eran los exiliados republicanos que se unieron a la lucha de la Résistance, después de perder su propia guerra. Tampoco la legión de tullidos, hermanitas de la Caridad y *brancardiers* que cada año acudían en peregrinación al santuario de Lourdes en busca del milagro. El señor Bonet y los suyos eran paletas, chicas del servicio doméstico, fresadores, lampistas o recolectores de uva *chardonnay* y *sauvignon*. Me refirió que él se vio forzado a emigrar cuando todavía era un mocoso. Había marchado junto a su familia y regresó justo el día en que se sintió sin fuerzas. Al punto, aquel hombre, a quien acababa de conocer, me confesó entre sollozos que una mañana, en su domicilio subarrendado de la prefectura de Limoges, creyó que se moría de añoranza y decidió emprender el viaje de vuelta. Se acordaba del pueblo, de la tierra de donde partió con sus padres.

En los primeros años en Francia, según explicó, trabajó como dos jornaleros para atesorar una cantidad suficiente de dinero que le permitiese retornar como aquellos paisanos suyos que, tras hacer las Américas, regresaban convertidos en ricos hacendados. Estos indianos, a su vuelta, mandaban construir una hermosa mansión, próxima a la playa, donde plantaban una palmera que les recordaba la exuberancia tropical de los bohíos, y hasta hubo uno que se trajo a la criada

mulata con quien, se dijo, cohabitaba por las noches. *Effectivement*, el desgraciado que me explicaba su circunstancia, cuando al fin logró culminar el sueño, lo hizo con la misma maleta de cartón de la ida y una *idée fixe* mucho más modesta: abrir un bar de carretera a la entrada de su pueblo, sin la palmera ni la mucama. Tomó la decisión un día antes de volverse majareta de melancolía, que es el tipo de locura más generalizado entre los transterrados. El caballero del mandil, en ese punto del relato, ya había naufragado en un mar de pucheros y, creyéndose desnudo ante mí, un perfecto desconocido, se sirvió un vaso de tinto con la intención de que yo no bebiera solo.

Por fortuna, no necesitó que le apuntase cuáles eran las cuestiones sobre las que estaba interesado. El tabernero, con su mundología infusa, enseguida intuyó qué clase de conocimientos demandaba el forastero y, aunque no supiera el motivo de mi visita, desplegó los argumentos de una exposición que se aproximaba bastante a lo que un servidor deseaba escuchar.

Anoté someramente las partes más relevantes de su digresión sobre aquellas etapas de crecimiento personal y penuria económica. El joven Bonet emigró para huir de la misérrima morada familiar, de las porfías callejeras, de la cartilla de racionamiento, del estraperlo y también de los atávicos festejos en honor a la patrona. Tras superar una infinidad de sinsabores y el natural rechazo de los franceses —él pronunció la palabra «gabachos»— hacia los extraños, él y muchos compatriotas suyos abrazaron la nueva nacionalidad, de cultura y refinamiento muy superiores a los del magro *pays* que dejaron atrás. No obstante, llegó el día en que renegó de aquel bienestar material y del grado de civilización adquiridos con enormes sacrificios. Lo echó todo al garete, resuelto a cruzar el paso de La Junquera por última vez. Resulta evidente, *ami François*, que a este hombre sencillo le expelía un tipo de

fuerza, en aquel momento desconocido para mí, cuyo empuje iba a arrebatarlo del disfrute del progreso y privarlo de los adelantos de nuestra era. Aquella potencia sobrehumana no podía resolverla una sencilla ecuación física como la de Newton y su manzana. Ningún cálculo matemático resolvería jamás cuánta atracción existió entre el señor Bonet y su patria chica, *le petit pays*, dos cuerpos de envergaduras tan heterogéneas y extremadamente alejados.

Su historia me ratificó, gracias a cada uno de los lastimeros capítulos que la componían, en la certeza de hallarme en el punto exacto de acceso al centro del globo terráqueo. Lo cierto es que yo, al igual que el tabernero, también estaba dispuesto a abandonarlo todo: la posición social, mi reputación académica e, inclusive, el finiquito por liquidar el encargo para el Bureau des Grands Travaux. Yo, aunque parezca increíble, también me sentí atraído por el extraño magnetismo de aquella zona indómita, un imán que percibí nada más cruzar sus abruptas lindes. Entonces, Virginio Bonet regresó con la ampolla de tinto en una mano y un platillo con altramuces en la otra, se sentó a mi lado y, tomándome del brazo, no dejó de parlamentar. El local estaba vacío, situación que invitaba a la camaradería. Quizá por esto vi en don Virginio un trasunto del mismísimo Virgilio, el guía que podría conducirme por las esferas de su anónima provincia hasta que ambos alcanzásemos la esfera matriz. Claro está que uno, a ciencia cierta, ignoraba si el viaje tendría sentido descendente y nos llevaría de pies y cabeza hasta los infiernos o ascendente y visitaríamos el purgatorio. No obstante, en ese punto, perdido como me encontraba, quise creer que aquel individuo charlatán, ajado y rechoncho podía guiarme por el camino circular que conduce al paraíso.

El viaje circular

Una odisea moderna cargada de acertijos y comedia en la que el último de los ilustrados emprende la búsqueda del centro del mundo.

El geógrafo francés Jean-Claude Chigot lleva tres años recorriendo los cinco continentes con el objetivo de localizar el centro del mundo. El encargo, aunque discreto, forma parte del amplio programa que François Mitterrand, el presidente de la República, ha diseñado con motivo de la celebración del Bicentenario de la Revolución.

Tras recorrer el mundo sin éxito, se dispone a regresar a París, aun a riesgo de que el fracaso cosechado arruine su reputación académica. No obstante, el azar lo va a llevar a un hangar de una exportadora de cítricos de la localidad de Almenara, en la provincia de Castellón.

Allí, Chigot comienza la redacción del trigésimo cuarto cuaderno de su periplo. Esta bitácora se centra en las peripecias de este hombre de ciencia, especialista en geografía humana, racionalista y cartesiano, en el momento en que conoce a Virginio Bonet, un tabernero local, ya octogenario, que se le presenta como un experto en «mundología» y que, además, va a convertirse en el *partenaire* imprescindible del explorador por la provincia castellanense, *le petit pays des petits châteaux*, en los últimos tramos, tal vez los definitivos, de *El viaje circular*.

AdN

365060

